

## Conferencia del Dr. Carlos Cullen

Presentación de Elsa Gatti

Es para este Centro un orgullo contar con la presencia de Carlos Cullen. Él nos está acompañando desde hace tres días en el marco del Posgrado en Educación y Desarrollo donde trabajó, dentro del Seminario de la Concepción Multidimensional del Desarrollo, la dimensión filosófica y ético-política. Un Seminario que fue sumamente rico, pero que a nosotros nos parecía que no podía quedar limitado su aporte a los cincuenta cursantes de ese Posgrado. Fue por eso que le pedimos que nos ofreciera esta charla abierta.

Se trata de pensar la dimensión *ética*, cuando discutimos el concepto de “desarrollo”. La visión puramente *economicista*, que primó fuertemente en la década del sesenta, desde el Proyecto de la Alianza para el Progreso, etcétera, y que tuvo que ver con todos nuestros países, fracasó abiertamente; y además hoy día nos resulta altamente insuficiente.

Muchos tratan de plantear el problema del Desarrollo cambiando la expresión e incorporando “nuevas” cuestiones: el tema por ejemplo de la *calidad* de vida, el tema de las *capacidades* de la persona, de las capacidades de realización, etcétera. Temas no explicitados cuando, en forma muy lineal, se planteaba la ecuación: “a más educación, más desarrollo”.

Es útil preguntarnos al plantear cuestiones relacionadas con el Desarrollo: ¿*Ética, dónde habitas?* Sobre eso es que fundamentalmente voy a reflexionar con ustedes, y ojalá podamos disponer de algún rato (voy a tratar de no ser muy largo) para conversar, que puede ser, seguramente, lo más interesante.

A manera de introducción yo decir algunas cosas.

La ética, más allá del uso, en mi opinión, algo abusivo y superficial a que está expuesto el término en estos tiempos de profunda crisis moral, es una disciplina filosófica y, por lo mismo, racional y crítica; intenta fundamentar las razones y argumentos que tenemos para actuar por determinados motivos, para elegir y comprometernos con determinados valores, que, en ambos casos, pretendemos que tengan alcance “moral”. Se trata, por ejemplo, de entender porqué es diferente actuar por deber o contra el deber, o entender por qué hay principios de acción que nos obligan a todos. Y por qué, al mismo tiempo, podemos y debemos respetar opciones por ideales de vida que pueden ser ciertamente muy distintos.

Esta distinción: no es lo mismo la ética que la moral, necesito ponerla como punto de partida de esta reflexión. La ética es, justamente, un campo de reflexión crítica sobre la moral o las morales. Es decir que nos permite hacernos cargo con razones, con argumentos de la “moral” que sostenemos y si tenemos argumentos para cambiarla, cambiémosla.

Hay argumentos para sostener, por ejemplo, que todos tenemos que aceptar principios de convivencia justa y reconocer los Derechos Humanos, precisamente porque están más allá de cualquier opción vital y están poniendo en juego la dignidad misma del hombre. La ética, entonces, en este ejemplo, es una reflexión que nos debe ayudar a hacernos cargo mejor al

actuar, al sentir, al decir, que cualesquiera sean nuestras opciones y las razones que las sostengan, en última instancia nunca puedan poner como medio lo que es un fin en sí.

La ética consiste en recordarnos, como dice Kant, que el hombre no tiene precio, tiene dignidad. Y esto es un punto de partida clave para pensar la dimensión ética del desarrollo.

Para ser más claro, y todavía a manera de introducción, intentar una reflexión desde la ética, y ligarla a la educación y al desarrollo, es siempre una alternativa ante dos actitudes que la suelen cercar y que confunden su sentido. Me refiero, en primer lugar, a cualquier forma de *fundamentalismo o actitud dogmática*, que consiste en no aceptar otro modo de fundamentar las normas y los valores, es decir la moral o las morales, que no sea el que provenga de la propia creencia o de los propios sentimientos o de la propia tradición, sin exponerse jamás a una lectura crítica y racional sin aceptar ningún otro argumento que no sea el propio. El fundamentalismo no deja que surja la reflexión ética, no deja que emerja la ética. No es que no tenga moral, los fundamentalistas tienen morales muy fuertes, son capaces de dar la vida tirando una torre, eso está movido por una moral. Lo que no están dispuestos es a exponerla críticamente, argumentativa y, de alguna manera, racionalmente. En ese sentido el fundamentalismo no deja que surja porque es dogmático, porque es excluyente, porque es intolerante y en el límite peligrosamente agresivo. Y hoy, habiendo terminado el siglo XX y comenzando el siglo XXI, no podemos decir que los fundamentalismos sean una especie extinguida. Y ojo que no estoy hablando solamente de los fundamentalismos más explícitos, estoy hablando también de los fundamentalismos sutiles. Entre ellos, el del mercado salvaje. también fundamentalismo. Ustedes no sé si observaron que Normalmente, por ejemplo, cuando nos quieren convencer de alguna medida económica, en el discurso aparece una expresión: “a esto nos obligan las férreas leyes del mercado”. “Las férreas”, eso no lo mueve nadie. El fundamentalismo no está solamente refugiado en el fundamentalismo religioso o en el fundamentalismo de algunos grupos “fanáticos”.

En segundo lugar, la ética tiene que enfrentar otra alternativa que no la deja emerger y, en mi opinión, no es menos vigente hoy, y, quizás, tanto o más que los fundamentalismos, me refiero *al escepticismo*. Y esto para los educadores es particularmente importante.

¿Qué es el escepticismo en ética? Creer que no hay forma ninguna para fundamentar principios en las normas de la acción correcta y por lo tanto todo está permitido. Pero en el fondo en el escepticismo todo está permitido porque nada vale. El escepticismo moral resigna toda posibilidad de distinguir, con argumentos, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo. Yo creo que hoy día el escepticismo suele ser una forma de reaccionar ante la enorme dispersión de valores que parece ofrecer la cultura contemporánea, y ante el extendido hábito de ser incoherentes entre lo que hacemos, lo que decimos y lo que sentimos. El escepticismo opera, por ejemplo, cuando uno termina convenciéndose de que actuar bien u obrar conforme a las normas es casi una ingenuidad. Y más radicalmente una imposibilidad.

Quiero decir, por extraño que suene, que hoy tenemos que afirmar, primero de todo, la posibilidad misma de la ética como saber racional y crítico frente a los riesgos, más que reales, de fundamentalismo y de escepticismo. Creo que no es posible la reflexión ética si hay actitudes fundamentalistas o escépticas. Es obvio porque si son fundamentalistas qué vamos a discutir si tienen la razón y esa razón es absolutamente indiscutible. Y el escéptico no tiene razones, le da lo

mismo cualquier cosa. En última instancia yo no creo que hoy no haya valores, hay mucha gente que dice: “qué crisis que hay, no hay valores”; no, ¿saben lo que yo creo? Que hay demasiados valores. Hay una dispersión enorme de valores, y más bien esta dispersión puede generar cierto escepticismo. Si yo hago un *zapping* 20 minutos en cualquier canal de televisión y voy anotando los valores que me van promoviendo, voy a encontrar que ¡qué no va a haber valores! hay demasiados y dispersos y ¿con cuál me quedo? Creo que esto y la incoherencia entre el discurso y la acción son bastante responsables de buena parte del escepticismo reinante.

Entonces, una vez que uno acepta este campo como posible, es decir que pone los límites del fundamentalismo y el escepticismo como imposibilitando la ética, aparecen los verdaderos problemas de la ética.

¿Qué criterios tenemos para definir lo justo y lo correcto? Si vamos a hablar de desarrollo no obviemos la pregunta, porque nos vamos a jugar por un desarrollo que sea justo. El tema es qué criterios tenemos para definir esto. Porque si el desarrollo lo que va a hacer es legitimar la inequidad y la desigualdad y la exclusión ¿para qué desarrollarnos? Parece obvio esto, pero hay que explicitarlo claramente. ¿Qué criterio tenemos para esto? ¿Qué alcance y qué validez tienen ciertos valores? ¿Cómo se forman y se sostienen los ideales de vida buena, es decir de felicidad? Tema clave de la ética, la ética tiene que ver con los ideales de vida buena. Es decir con dónde ponemos la felicidad. ¿Cómo se contextualizan las normas? ¿Cómo juega la educación en la formación y conformación de los sujetos morales y responsables? ¿Cómo aplicamos los principios éticos a los diversos campos profesionales? ¿Cómo significamos la ciudadanía responsable? ¿Cómo organizamos socialmente los ideales de libertad e igualdad que parecen sostener la idea de justicia como equidad? Estos son los verdaderos problemas que tenemos que trabajar, claro que no podemos trabajar estos problemas desde el fundamentalismo, desde el escepticismo. Desde el fundamentalismo porque ya está la solución y desde el escepticismo porque da lo mismo cualquier cosa y no vale la pena discutirlo. Está claro esto. Yo desde esta aproximación sucinta de lo que la ética es en tanto disciplina filosófica, les quiero proponer una aproximación utilizando algunas metáforas que a mí me parecen interesantes que tienen que ver con la pregunta: *¿Ética dónde habitas?*

Curiosamente la historia de la ética nos ha mostrado una cierta predilección por metáforas arquitectónicas. Es decir por espacios, una forma de concebir la construcción de espacios vitales, y en ese sentido es que voy a tomar como hilo conductor estas metáforas.

Hay tres espacios significativos en nuestra memoria histórica y los tomo como históricos pero al mismo tiempo, como revelando la estructura real de los problemas.

Por eso, lo que yo voy a hacer es casi construirles un pequeño relato de dónde habita la ética. Voy a hacer referencias históricas, pero no las voy a hacer para contar una historia o abrir el pasado porque sí, sino en tanto esto es metafórico de cómo opera hoy que es lo que me interesa.

Se trata de memoria, y no de nostalgia. La nostalgia es pegarse al pasado; la memoria es abrir sentidos que siguen operando hoy y que, por lo mismo, nos proyectan alternativas, muchas de ellas inéditas, para el mañana.

Miren, la primera escena, yo le llamo a esto (va a tener tres escenas) mi pequeño relato. A la primera escena le pongo el nombre: *Nostalgias desde el ágora.*

El ágora es la palabra griega para mencionar la plaza pública donde los ciudadanos, que eran solo los varones libres y mayores de 18 años, deliberaban sobre el bien de la ciudad. O sea, es el espacio público-político. La mención del ágora, que dentro de la polis constituye el espacio constitutivo del debate público y de las decisiones relacionadas con el bien de la ciudad, que es el mismo que el bien del individuo sólo que “para todos”. Aristóteles sostiene que la política es la “arquitectónica” de la ética. Pondré el acento en la relación de la ética y la política con la temática de desarrollo y educación. Esta relación de ética y política es, sin duda, una de las que está más profundamente en crisis hoy día.

Les decía que metafórica con frecuencia desde la arquitectura, quizás en el texto más famoso, más conocido, **Ética a Nicómaco**, donde él dice que la política es en realidad la arquitectónica de la ética, la clave de bóveda de la ética. Les voy a citar el texto, porque es impresionante, como dice Freud al comienzo de **La interpretación del sueño**, cuando a uno le cuentan el cuento de Edipo algo se le mueve adentro. Fábula de *tena ratur* decían los antiguos, el cuento, la fábula, algo dice acerca de ti.

Leo un texto escrito en el siglo IV a.c. (cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia) *“La política es la más señorial y directiva arquitectónica –dice Aristóteles- porque es ella la que establece qué ciencias son necesarias en las ciudades, y cuáles ha de aprender cada uno y hasta qué punto”*. Le llamaríamos a esto las políticas públicas de educación. Y está mucho antes de que se hablara de políticas públicas de educación, que fue más bien a partir del siglo XVII y XVIII, históricamente. Pero lo que es más interesante es esto: además *“las disciplinas más estimadas le están subordinadas, entre todas las ciencias prácticas las más estimadas –dice Aristóteles- están subordinadas a la política. ¿Cuáles son las más estimadas? La estrategia, que es la ciencia de la guerra; la economía y la retórica. Y puesto que la política se sirve de las demás ciencias prácticas y legisla qué se debe hacer y de qué cosas hay que apartarse, el fin de ella es comprender a las demás ciencias de modo que constituirá el bien del hombre. Pues aunque el bien del individuo y el de la ciudad sean el mismo, es evidente que será mucho más grande y más perfecto alcanzar y preservar el de la ciudad porque ciertamente es apetecible procurarlo para uno solo, pero es más hermoso y divino para un pueblo y para las ciudades.”*

Claro, uno puede decir: qué ingenuo Aristóteles, que la estrategia, la economía, la retórica... se subordinen a la política.....

En este sentido traigo a colación, porque la ética tiene que ver sin duda, todavía en este registro de “Las nostalgias del ágora”, con la práctica de las virtudes “ciudadanas”. Es interesante que en el debate ético contemporáneo de nuevo estamos discutiendo la categoría de virtud. ¿Saben por qué? Porque la categoría de la virtud se relaciona con los sujetos sociales. Las virtudes no son facultades naturales, son *hábitos*. Son disposiciones de un sujeto producto de la educación, producto de la socialización. En ese sentido es que se la ha rescatado, no en el sentido un poco moralino de la palabra sino en este sentido más profundo. Es saber elegir el justo medio que tiene que ver con la deliberación, trabajo de la inteligencia educada, cuyo paradigma, es la virtud de la prudencia, justamente el rasgo que define al político. La política es arquitectónica en tanto permite la deliberación racional, permite argumentar las decisiones, deja que las actividades

sociales se ordenen por su propia excelencia entre el exceso y el vicio, y sirve de paradigma del saber prudente en las decisiones que se toman.

Parezco ingenuo al decir esto, por eso le puse el título “Nostalgia desde el ágora” a esta primera escena. En una ciudad buena es más fácil ser virtuosos, porque es parte de la bondad de esa ciudad permitir que cada actividad desarrolle su propia excelencia y que todas se articulen en relación con el bien común. En una ciudad buena el espacio se configura como ético, es decir, es posible que a los ciudadanos les resulte más fácil, porque están habituados a practicar el bien y evitar el mal. La política en este sentido, y esto es lo que quiero dejar flotando, consiste en ordenar de tal modo el espacio social que la ética sea simultáneamente la que define al buen hombre y al buen ciudadano.

Claro, el ágora como centro de la polis y como ordenadora del espacio ético es en el mejor de los casos un paraíso perdido, si es que alguna vez estuvo. Es un paraíso perdido, algo así como una idealización del hábitat humano en tanto disposición del espacio social de modo tal que nos resulta fácil practicar el bien en cada una de las relaciones y actividades.

Habituarse a la amistad, la generosidad, la grandeza de ánimo, la templanza, son las famosas virtudes que enumera Aristóteles en la **Ética a Nicómaco** y sobre todo, la justicia. Pero prefiero hablar de “nostalgia del ágora” porque en todo caso esta ecuación de política y ética metaforizada como arquitectónica es solo el dolor que nos produce, como a Ulises cuando fabrica su Odisea, la ausencia de lo que dejamos o de lo que pudimos ser.

Homero le pone un calificativo, un adjetivo a Ulises, es “el nostálgico” porque cuando sale le duele el retorno. El viaje de la Odisea, el viaje que hace Ulises es en realidad un retorno a sí mismo; y entonces dice Homero que Ulises es un nostálgico. En buen griego nostalgia quiere decir: el dolor del *nostos*, que es el regreso, el retorno. Le duele, sale y ya quiere volver. Pero en realidad nunca sale, ese es el problema. No sale del todo. En realidad cuando lee esto con criterios históricos, el mismo Aristóteles sentía los efectos de la inminente pérdida de la hegemonía de la polis. Justamente, es como que necesita idealizar la polis en el momento en que sabe que la polis ateniense está dejando de ser hegemónica.

Su discípulo Alejandro Magno poquitos años después pone la capital del Imperio Helénico en Egipto y la hegemonía de la polis ateniense desaparece; y quizás se instala lo que algunos autores han llamado el primer modelo fuerte de globalización, que fue el imperio helénico. Quizás por esto, y esto es lo que me parece más significativo, ya en el mundo antiguo el ágora quedó sustituida por otra metáfora o entró la pelea por otra manera de entender la ética. Y de nuevo la metáfora arquitectónica: la plaza (el ágora) quedó sustituida por el *pórtico*, el pórtico es la palabra que traduce al castellano la palabra griega “*stoa*”, de ahí viene el estoicismo. Esto pasó en nuestra tradición tan fuertemente que por ahí uno dice hasta en lenguaje cotidiano: “no seas tan estoico”. La *stoa* es un espacio, es un pórtico y a la escuela se le llamó así. Hay más de un autor hoy día que dice que lo que nos pasa en la ética hoy, como en toda época de profunda crisis, como fue esta crisis helénica, que emergen las dos alternativas; por un lado el estoicismo, el pórtico y por otro lado la que voy a mencionar después que describa el estoicismo y la dejo con intriga, pero muchos de ustedes quizás conocen.

¿Qué quiere decir el pórtico? El pórtico es un lugar de entrada ¿a dónde? El pórtico es un lugar de entrada a sí mismo. Siempre se ha visto en el estoicismo un esfuerzo de interiorización. Es una forma de interiorizar las normas de la polis, en la comprensión de los principios de la naturaleza misma, ordenada como cosmos necesario. Ahora hay que aprender a ser “ciudadano del mundo”, es decir *cosmopolita*. Esa palabra la acuñaron los estoicos; claro porque la polis se derrumbó, entonces hay que aprender a ser ciudadano del mundo. ¿Y cómo se es ciudadano del mundo? Es necesario obedecer a la ley de la naturaleza que rige el cosmos por encima de cualquier polis determinada. Y esa ley la descubro metiéndome dentro. Es decir en la interioridad, no en el espacio público al que salgo para deliberar, el ágora, sino que es en la interioridad donde encuentro ese principio del orden, al cual los estoicos llamaban el *logos*, la ley de la naturaleza, etcétera. Obrar bien en este sentido es entonces seguir la ley, y no ya la de la polis sino de la naturaleza. Es habitar este ordenamiento del espacio al cual me conduce el pórtico, que es el cosmos mismo, el mundo, no el ágora de la ciudad. O sea el estoicismo cambia las cosas, es la moral interiorizada de la ley natural la que rige, al revés del planteo aristotélico, como arquitectónica a la política. No es la política la arquitectónica de la ética sino que esta ética interiorizada, como ley-norma de la naturaleza, es la que rige la política. No se es bueno porque la ciudad es buena, como creía Aristóteles, sino que se puede ser bueno aunque la ciudad sea mala, y este quizá fue el gran aporte del estoicismo que empezó a tener un cierto “realismo”, ser buenos, incluso, aunque, y ellos hablaban mucho de esto, la fortuna nos sea desfavorable. Empieza a desvincularse, y esto es lo que me resulta significativo para entender cosas que hoy nos siguen pasando, *el ideal del hombre sabio del ideal de la ciudad buena*. Porque si lo importante es la interiorización, y de ahí saberme ciudadano del mundo, en realidad me despreocupo de lo “mundano”, y los estoicos llegaron a plantear una teoría de los llamados indiferentes. Es decir, no importa que sea rico, sea pobre, esté libre, esté preso, por eso es que hablamos en el lenguaje cotidiano “no seas estoico”. Que parece que es aquel que es capaz de caminar sobre brasas con tal de conseguir algo, o que come una lechuguita porque quiere bajar unos kilos, “no, no seas tan estoico, disfruta un poquito algo más rico”.

La ética entonces empieza a depender más del contacto con el maestro sabio, que me lleva al pórtico y me inicia en la interioridad, que de la vida en la ciudad regida por la justicia. Decididamente el ágora, la plaza queda transformada. El espacio ético se configura en el pórtico, en el lugar que separa un adentro y un afuera. Ese adentro puede ser tan amplio como la totalidad del universo captado en el orden de la naturaleza, regido por la ley eterna, o bien puede ser, y es la otra alternativa y de nuevo una metáfora de espacio, *el jardín*. Epicuro, es la otra gran corriente que emerge en la crisis helénica, el epicureísmo, donde la postura es “aléjate de lo público porque te perturba, vamos al jardín, convivamos con los amigos y disfrutemos bien de la vida”. Es interesante, las épocas de crisis despiertan el pórtico y el jardín. O de alguna manera me meto para adentro y soy ciudadano del mundo, pero entonces me es indiferente lo que pase, y en última instancia mientras yo me sienta que estoy en concordancia con la ley de la naturaleza y del cosmos ando bien; o bien me refugio en el jardín. El movimiento de Epicuro se lo conoce como la filosofía del jardín, porque filosofaban en un recinto que tenía que ver con un jardín y ahí iban los amigos, y la gran tesis de Epicuro es que la felicidad consiste en el placer, no en la virtud por la

virtud como decían los estoicos, sino en el placer. Claro que uno asocia lo epicúreo a casi lo orgiástico y el desenfreno, pero el hedonismo epicúreo, porque el placer orgiástico produce más perturbación que placer. Una cosa es que yo disfrute un vasito de vino y otra cosa es que me tome una damajuana. Es decir, es un placer calculado.

Esta época de crisis, en esta primera escena, se aleja del ágora, del espacio público, de la deliberación. Y es la crisis la que lleva al pórtico o al jardín. Esto me parece simbólico para entender más de una cosa que nos pasa hoy día. Cambiemos la palabra jardín por “me voy al *country*”, o cambiemos la palabra jardín por “me escapo y no me meto porque voy a estar perturbado”; o cambiemos la palabra pórtico por “no, no, no ande yo caliente y ríase la gente, yo soy una buena persona, tengo buenas intenciones, yo cumplo con mi deber, que nadie se me meta y no me importa lo que pase a mi alrededor”.

No digo que todas estas cosas no tengan algún sentido, digo que es significativo hoy día esto. Entonces el ágora y sus reemplazos puestos en el pórtico y en el jardín, simbolizan las primeras tensiones del espacio ético, de este habitar de la ética. Yo lo resumiría en estos términos: la justicia, la deliberación por el bien común, o sea lo público y la búsqueda de la justicia, la coherencia consigo mismo, que es el gran tema de los estoicos, mientras yo sea coherente conmigo mismo me es indiferente qué es lo que pasa, y el placer. Y esto es importante porque los tres son personajes del espacio ético de alguna manera, lo difícil es encontrar cómo armonizarlos.

Paso a la segunda escena. De las nostalgias del ágora pasamos a las preocupaciones desde el mercado. El mercado es también una imagen arquitectónica, es un espacio, un espacio de intercambio que en realidad en cierto sentido reemplaza la plaza política. Y así fue originariamente en los comienzos de la Edad Moderna y en los fines del Medioevo y en parte en nuestras ciudades y en nuestras historias esto también tiene que ver, la conformación del mercado.

El mercado es un espacio donde se intercambian “valores”, se vende y se compra. Entonces la segunda escena de este pequeño relato tiene que ver con *la desconfiguración política del espacio ético*. El primer espacio empieza configurando políticamente el espacio ético, el ágora es una configuración política de la ética. Tiene su crisis con el pórtico y con el jardín. En esa segunda escena, el punto de partida la desconfiguración política del espacio ético, como lo han señalado diversos autores, Habermas entre ellos, el mundo moderno separa la política de la ética. Desvincula la razón del poder de la razón del bien y de la justicia. La lógica del poder no es la lógica del bien y de la justicia, según los primeros grandes politicólogos del Estado Moderno, Maquiavelo, Hobbes, etcétera. La política se hace un saber instrumental, deja de ser un saber práctico regido por la ética y pasa a ser un saber instrumental orientado, desde Maquiavelo y Hobbes, a enseñar cómo adquirir el poder y cómo mantenerlo. Esta desvinculación entre ética y política privilegia como nuevo espacio social hegemónico el mercado.

En efecto, es el mercado en el estado moderno el espacio de las interacciones supuestamente libres donde todos y cada uno podemos intercambiar nuestras fuerzas de trabajo, independientemente de su relación con prácticas sociales significativas, simplemente como valor de cambio y con la doble finalidad de permitir por un lado la autorrealización del individuo y por el

otro, generar las riquezas de las naciones. Esta es la idea originaria del mercado, entendido como lugar donde ejercemos nuestra libertad de trabajo, de autorrealización e intercambiamos socialmente desde ahí. Y generamos, encima, la riqueza de las naciones. Es un ideal hermoso ¿entienden?. Esto está en los fundamentos de la economía moderna, en los fundamentos teóricos. Por eso la economía deja de ser simple ley de la casa, (para los griegos la economía era la ley de la casa, *oikos* en griego quiere decir casa, de ahí viene la palabra economía). Por eso en nuestro país muchas veces se enseñaba en la escuela media a las mujeres economía doméstica. Entonces algún purista del lenguaje decía “pero eso es una redundancia porque economía doméstica, *domus* en latín es casa, *oicos* en griego es casa, o sea estamos poniendo en el sustantivo y en el adjetivo la misma palabra. Pero esto más bien hay que analizarlo desde otro lugar, las mujeres, economía doméstica, y los varones manualidades. En mi país se llamaba así. O labores y manualidades. Pero esto estaba claramente separado de convertirse en “perito mercantil” o ir a una escuela de “comercio”.

Volviendo, de ser esto la economía se convierte en el complejo saber moderno que, curiosamente, desde entonces lo llamamos: economía política. En realidad la economía moderna se llama a sí misma economía política y se la estudia así, como economía política. ¿Por qué es así?: porque el problema es cómo se relaciona el Estado con el mercado, como se relaciona lo privado con lo público o si quieren el trabajo con el poder. Estas temáticas obviamente van generando caminos. ¿Y la ética en este contexto y en esta escena? Yo voy a traer a colación dos preocupaciones que se expresan fuertemente desde el mercado naciente en nuestra memoria histórica y son muy determinantes así como lo son el estoicismo y el epicureísmo, que mencioné recién, el pórtico y el jardín.

Una es la que expresó Descartes, admirablemente, y otra que la definió Kant.

En el tercer capítulo de su famoso **Discurso del método** Descartes acude una vez más a la metáfora de la arquitectura para definir el nuevo estado de la moral, cito: “*antes de destruir la casa en que se habita, antes de reedificarla y buscar materiales y arquitectos que los empleen, es indispensable buscar otra casa para vivir confortablemente el tiempo que lo exija la reconstrucción o reedificación de la antigua. Algo parecido a esto tuve yo que hacer –dice Descartes- Si la razón me dictaba la mayor irresolución (es decir no tomar decisión) en mis juicios cuando hacía ciencia, sus dictados no podían hacerse extensivos a mis actos”.*

La ética no nos permite que yo diga “bueno cuando tenga las ideas claras y distintas, actúo” En ciencias yo puedo pasar la vida esperando, diría Descartes, tener las ideas claras y distintas. Pero la acción tiene una lógica distinta, la acción humana, y la ética nos presiona de otra manera.

Entonces dice Descartes: “*Para vivir entonces con tranquilidad y sin que en mi conducta se reflejaran las incertidumbres de mi espíritu, formé para mí y para mi uso una moral provisional”.* La famosa moral provisoria de Descartes. Porque no puedo esperar tener la claridad y la distinción, pero como no puedo dejar de actuar, lo importante es que yo quiero vivir tranquilo. Entonces me hago una moral provisional que consiste dice en... pone tres o cuatro reglas y las formula. Lo que quiero llamar es la atención en cuál es la primera regla de esta moral provisional para vivir tranquilo cuando se está cambiando la casa o reedificándola o lo que fuera; lo voy a



traducir a un lenguaje sencillo: no mover el avispero, es decir no irritar a los poderes, mostrar que soy un buen creyente, que creo en las tradiciones, que soy buenito, para no tener problemas. Después sí pone los principios: la coherencia consigo mismo, mantener un principio que toma de la tradición estoica y epicúrea.

Pero el primero de todos es muy llamativo: no irritar al poder porque quiero vivir tranquilo. Este poder vivir tranquilo mientras se edifica o acondiciona la morada definitiva creo que es el motivo básico de la moral moderna. Yo creo que no es otro el motivo que ponen Hobbes y Looke para justificar el contrato social. ¿Por qué hacemos el contrato social? Para tener paz suficiente, dice Hobbes, para no matarnos los unos a los otros. Esa es la argumentación básica. Pero detrás de esto ¿por qué es importante evitar la guerra y tener la paz? Porque –cito-: “...de esta manera contamos con paz para comerciar y vivir bien, poder disfrutar del arte, estudiar, tener la seguridad de que el sentido del trabajo –agregaría Looke o sea la propiedad - no va a ser arrebatado”. Miedo a la intranquilidad que viene, de ser el hombre el lobo para el hombre, matarme, o de que me puedan robar. Lo que hoy día llamamos la inseguridad (cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia, insisto). Es decir, el miedo a la guerra y el miedo al robo, que es miedo al despojo de mí mismo según estos teóricos, porque en el trabajo me pongo a mí mismo, me autorrealizo, etcétera, lo cual es interesante. En cualquier concepción de la calidad de vida y el desarrollo es muy importante esta idea, porque no es solamente pensar en la posibilidad de trabajar sino que el trabajo sea de alguna manera autorrealizador y que no despoje del sí mismo y de la identidad. Esto se llama vivir tranquilo en este contexto. Entonces uno dice: una moral provisoria para vivir mientras tanto. En realidad es una moral adaptada a la circunstancia de tener que mudarse, ¿mudarse de qué? Y uno podría decir: del ágora, del pórtico, del jardín; no hay ni ágora, ni pórtico, ni jardín. De la seguridad ética que daba la polis o el cosmos, o por lo menos el grupo de amigos. Ahora en el mercado la preocupación ética parece ser cuestión de cada uno. La política es un saber meramente instrumental, que cada uno se procura una moral provisoria hasta que la indagación científica sobre los fundamentos de la acción termine o hasta que se configure un nuevo espacio social que haga fácil el ejercicio de la virtud. La ética habita en un “mientras tanto”. En esta provisoriedad de una tienda. Es interesante esto porque también me parece que sigue vigente esta hipótesis ilusoria: en algún momento tendremos la moral definitiva, o por la indagación científica o porque finalmente la sociedad nos va a permitir vivir bien, *mientras tanto* tengo que buscarme un lugar donde vivir y hacerme una moral provisoria cuya primera regla es: no traer problemas.

La reflexión de Kant es diferente, no hay que preocuparse por encontrar una casa para vivir tranquilos mientras se edifica la nueva, Kant sí se preocupa, y es ya siglo XVII plena Ilustración, por construir otro espacio público diferente al del mercado, pero también diferente a las instituciones del estado moderno. Que por otro lado están tan alejadas del ágora porque en estas instituciones no se discuten principios sino beneficios. La construcción de este nuevo espacio Kant la buscará también, a la manera de los estoicos, en la interioridad. Pero no la del contacto con un orden racional del universo, sino la del uso público de la razón práctica, que no es sino la conciencia del deber como autonomía moral. O sea, es ahí en el siglo XVII donde emerge fuertemente la categoría de deber, que tiene que ver con la interioridad, que tiene que ver con la

autonomía moral y tiene que ver con la posibilidad de un nuevo espacio ético que se configura como la recta intención de la conciencia del deber y del deber por el deber mismo, sin ninguna intención que lo adúltere. El argumento de Kant más profundo es el que ya mencioné: el hombre tiene dignidad, no precio. No puede ser tratado nunca como medio sino siempre como un fin en sí.

Como parte de esta segunda escena, la moderna, habría que agregar acá los espacios que abren, ya en los inicios de la crisis de la modernidad, el utilitarismo y el positivismo.

Quisiera mencionar brevemente la tercera escena.

O sea, la primera: el ágora con nostalgias, la segunda con estas preocupaciones desde el mercado y cómo vivir tranquilo. Y a la tercera y última escena de este pequeño relato yo sugiero llamarla en términos de tarea: *la necesaria reconfiguración política del espacio ético*. O sea, aquella primera escena es una configuración política ilusoria, y en el fondo excluyente. Porque en la idea del ágora es muy lindo que nos juntemos a deliberar pero al ágora no podían entrar ni las mujeres, ni los niños, ni los esclavos.

Las preocupaciones del mercado, contraponer la vida política al vivir tranquilamente y al actuar por deber, el disciplinamiento del deber, ¿qué nos pasa hoy? Ahí se desconfiguró la relación política-ética. Yo creo que el gran desafío que tenemos en los últimos tiempos es la necesaria reconfiguración política del espacio ético. Lo que ocurre es que yo no encontraría otra forma de metaforizar esta situación actual, y es el nombre de mi tercera escena, que acudiendo a la idea del "vértigo en la autopista".

Nostalgia del ágora. Preocupación en el mercado. Vértigo en la autopista.

Es decir, vivir casi en un no-lugar. Hay un antropólogo Marc Auge que ha trabajado mucho este tema de los no-lugares contemporáneos. En el movimiento perpetuo, en espacios quizás cada vez más virtuales y simulados.

No hay ágora, ni pórtico, ni jardín.

No hay casa provisoria, ni buena conciencia. Ni siquiera es claro el cálculo de utilidades. Hay incertidumbre, y mucha. Hay mutaciones, y serias. Hay temores, y profundos.

Yo quisiera citar aquí, terminando, a un historiador brillante como es Eric Hobsbawm, en su libro sobre el siglo XX cuando dice: *"Sabemos que más allá de la opaca nube de nuestra ignorancia y de la incertidumbre de los resultados, las fuerzas históricas que han configurado el siglo (se refiere al siglo XX) este siglo corto (él tiene la teoría de llamar al siglo XX "siglo corto" porque empezó después de haber empezado y terminó antes de terminar, porque lo pone en el 1914 con la Primera Guerra y que termina con la caída del muro de Berlín. Y el siglo largo es el XIX que también empezó antes de empezar y terminó después de terminar. Pone la Revolución Francesa al inicio y en la guerra del catorce el fin. Las fuerzas históricas que han configurado el siglo XX siguen actuando, más allá de nuestras incertidumbres. Vivimos en un mundo cautivo, desarraigado y transformado por el colosal proceso económico y técnico y científico del desarrollo del capitalismo que ha dominado los dos o tres siglos precedentes.*

*Sabemos, o cuando menos resulta razonable suponer, que este proceso no se prolongará ad infinitum. El futuro no solo puede ser una prolongación del pasado sino que hay síntomas externos e internos en que hemos alcanzado un punto de crisis histórica."*

La frase que más me gusta es este final: *“no sabemos adónde vamos, sí sabemos que la historia nos ha llevado hasta este punto y porqué.* Esto es una visión de un buen historiador. No sabemos adónde vamos, lo que podemos decir es que la historia nos ha llevado hasta este punto y porqué.

*Sin embargo una cosa está clara: si la humanidad ha de tener un futuro, (si realmente apostamos a un desarrollo, diría yo, en el contexto de la preocupación inicial) no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es la alternativa a transformar la sociedad, es la oscuridad.* Así termina el libro: es la oscuridad. A mí me parece interesantísimo esto. En la confianza de optar por una sociedad transformada y no por la oscuridad creo que es indispensable reconfigurar políticamente el espacio ético. Esto implica construir nuevos lugares en los no-lugares, nuevas articulaciones reformulando a fondo la relación entre el ágora y el mercado. Hoy día vivimos una hegemonía de un mercado salvaje del planeta en esa economía multinacional, que ha hecho que la deliberación del ágora parezca hasta insignificante. Creo que tenemos que trabajar fuertemente para una reconfiguración de esto. Y por supuesto a partir de aquí permitir nuevas formas de entender las relaciones entre la opción por la justicia y la igualdad de oportunidades, los proyectos de vida nueva y de felicidad que cada uno pueda forjarse. En este sentido me parece que el desafío mayor de la ética en este gozne de siglo que nos toca vivir, creo que tiene que ver con configurar el espacio ético.

¿Ética dónde habitas? En una nueva e inédita definición del espacio público, el de la ciudadanía responsable y participativa, el de la posibilidad de generar proyectos comunes y solidarios. El de tratar de encontrar una forma de articular la búsqueda de la felicidad con la convivencia honesta y correcta y regida, sobre todo, por el respeto a los Derechos Humanos y a los principios de la justicia.

Y la educación, justamente, tiene que ocuparse de estas cosas. No se trata de preocuparnos en el mercado, sino de imaginar alternativas para el intercambio como reconocimiento mutuo, como posibilidad de colaboración y no de competencia salvaje; como construcción de normas justas para la producción y el consumo, porque esto también tiene como precio la oscuridad si no lo hacemos. Quizás la oscuridad terrible de no saber cómo detener el hambre, la miseria, la corrupción y hasta la destrucción del espacio habitable en el planeta.

Somos responsables de reconfigurar políticamente el espacio ético de modo tal que no solo nosotros sino también nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, puedan sentirse humanos, puedan encontrarse reconocidos, valorados y creativos.

Educación y Desarrollo, ¿Ética dónde habitas? Hay que intentarlo. Ese sería mi final. Muchas gracias.